

Iglesia. ¡Extraño guía! Esa imposibilidad absoluta de aplicar á las sociedades modernas una ley considerada como una palabra de Dios, ¿no debería abrir los ojos á los que todavía creen en una palabra de Dios, expresion inmutable de la verdad eterna? La verdad existe, pero en Dios; los hombres no la poseen nunca: cuando atribuyen á Dios una ley que en realidad es de creacion humana, no hacen más que achacar á la divinidad sus errores y sus preocupaciones.

### III.

Hé aquí lo que la Iglesia y la sociedad piensan de las necesidades físicas; la oposicion entre el dogma y la vida es absoluta. Sin embargo, el cuerpo es el órgano del alma; los bienes de la tierra, el comercio y la industria que los explotan, son instrumentos que Dios da al hombre para ejercitar y desarrollar sus facultades. Si la Iglesia no admite el medio, ¿cómo ha de conseguir el fin? ¿A qué queda reducido, en su espiritualismo excesivo, el desarrollo intelectual? Y si la inteligencia padece, ¿no se priva de su fundamento á la moralidad? ¿Puede el hombre cumplir sus deberes cuando no los conoce? ¿La máquina que obedece es un sér moral? Cada pregunta es una blasfemia, si hemos de creer á los defensores del catolicismo. Segun ellos, la ciencia y el arte han encontrado siempre un protector en la Iglesia; ¿qué digo? la Iglesia ha alimentado la inteligencia, y todo lo que nuestra civilizacion encierra de grande y de bello es debido á su iniciativa. Comparemos los hechos con estas soberbias pretensiones; los hechos probarán que ésta es una de tantas falsedades como inventan los católicos para la defensa de su causa. ¿Es esto ceguedad? ¿Es cálculo? El lector decidirá.

Los católicos invocan hoy las palabras de Jesucristo como una autoridad divina que ha investido á la Iglesia con el poder exclusivo de la enseñanza. En efecto, Cristo es un doctor, pero los santos padres nos dicen que es doctor de la humildad; si ha dado mision á sus apóstoles de predicar una doctrina, es ésta. Tenemos las epístolas que los discípulos de Jesucristo dirigen á la cristian-

dad naciente; ¿qué le predicán? El desprecio de la sabiduría humana, la locura de la cruz. ¿Qué piensan los padres de la Iglesia de la ciencia tan celebrada de Grecia, de la filosofía? Los más lógicos la condenan como obra del demonio, ó á lo ménos la rechazan como inútil, puesto que la palabra de Dios ha reemplazado á estas vanas especulaciones del hombre; ¿para qué sirve Platon despues de Cristo? Los que son más favorables á la filosofía no ven en ella más que una preparacion al Evangelio; si la conservan, es como servidora de la teología; y ¿qué es la filosofía cuando se le quita la libertad de pensar? Una irrision. Este es el verdadero cristianismo. La Edad Media era, pues, verdaderamente cristiana, cuando lo subordinaba todo á la teología. ¿Habrá necesidad de explicar á qué se reduce la ciencia bajo este régimen? ¡Cosa notable! Los defensores de la Iglesia atribuyen á ésta el honor del movimiento científico, que es una de las glorias de nuestra civilizacion, y celebran al mismo tiempo la Edad Media como la edad cristiana por excelencia; y ¿cómo llama la historia á esos largos siglos que median entre la decadencia de la antigüedad y el renacimiento de las letras? Siglos de tinieblas. ¿Y el renacimiento se inspiró en el cristianismo? Homero y Platon le sirvieron de Evangelio; sus tendencias fueron anticristianas, hasta el punto de que sobrepujó á la reforma y dió la mano al siglo XVIII. Entre estas épocas, igualmente fatales á la Iglesia, hay un siglo que los católicos desean reivindicar para la religion: el de Luis XIV, edad literaria que no ha tenido igual, edad profundamente religiosa. Ya hemos señalado los errores é ilusiones que encierra la apreciacion que los partidarios del pasado hacen del siglo XVII. Escuchemos á los más grandes genios de aquel tiempo: Bossuet, Nicole, Saint-Cyran nos dirán lo que debemos pensar de la alianza entre la filosofía y el cristianismo.

Saint-Cyran iguala la ciencia con las riquezas y los bienes de la tierra; para un cristiano no hay necesidad de decir más. Hé aquí el comentario de Nicole: «No es ménos carnal el deseo de la gloria y de la reputacion y los *talentos del espíritu* que sirven para alcanzarlas, que el *deseo de los placeres del cuerpo*, porque estos objetos no son nuestro verdadero bien. Dios no consiente que repartamos nuestro corazon entre él y la reputacion, como no con-

siente que lo repartamos entre él y los placeres del cuerpo» (1). ¿Qué dicen de esto los hombres de ciencia? ¿Les hará gracia ver la pasión de la sabiduría asimilada á la glotonería, sus largas vigili-  
 as, su rudo trabajo, comparados con las comidas, las fiestas y los bailes? ¿Favorece la Iglesia el movimiento científico rebajando el amor á la ciencia hasta convertirlo en un grosero placer? Aun no hemos acabado de escuchar á los pensadores cristianos. Si la ciencia se asemeja á los bienes de la tierra, ¿no deberémos decir que el demonio la inspira y domina en ella? «Yo no sé, dice Saint-Cyran, qué *malignidad* secreta hay en todos los libros, pero apenas veo hombre que haga uso de ellos, que no se haga, leyéndolos, más vano y más hinchado.» Nicole nos explica el origen de esta *malignidad*: «La mayor parte de los discursos de los hombres tienen por principio el demonio, puesto que no son más que efusiones del error y del orgullo y demas pasiones que el demonio les ha inspirado. Están, pues, naturalmente envenenados. M. de Saint-Cyran no leía nunca los libros de los herejes, sin hacer uso de los exorcismos de la Iglesia, porque decía que habian sido hechos por el espíritu del diablo. Pero ¿no proceden del mismo origen todos los libros de los paganos, y áun los de la mayor parte de los que escriben en el cristianismo? *El diablo es el mayor autor y el mayor escritor del mundo, así como el mayor hablador, puesto que tiene parte en el mayor número de los escritos y palabras de los hombres*» (2). ¡A lo que hemos venido á parar! Leeis á Platon, creéis que estais leyendo á un filósofo sublime; pues no hay nada de esto, es una obra del diablo. Homero os encanta, Virgilio os seduce; naturalmente, porque son inspiraciones de Satanás. ¿Es éste el curso de literatura que se da en los seminarios? Cuando ménos, es notable por su gran sencillez. ¿Piensa así la humanidad moderna? ¿Piensan así siquiera los cristianos, y especialmente los ungidos del Señor? Cuando hace algunos años un honrado abate denunció la literatura antigua como el *gusano roedor* de nuestra sociedad, ¿no se vieron obispos que salieron á la

(1) SAINT-CYRAN, *Cartas cristianas*, t. I, p. 253.—NICOLE, *Ensayos de moral.* t. XII, p. 66.

(2) SAINT-CYRAN, t. II, p. 420.—NICOLE, t. XII, p. 343.

defensa de Homero y Virgilio? Los sentimientos verdaderamente cristianos han llegado á ser tan extraños, áun para los que se creen cristianos, y hasta para los príncipes de la Iglesia, que ya no los comprenden.

Lo que presentais como sentimientos cristianos, se dirá, no son más que exageraciones de algunos sectarios; el cristianismo no es el jansenismo. Pudiéramos responder, y en otra parte lo hemos probado (1), que los jansenistas fueron los últimos cristianos, los verdaderos discípulos de San Pablo. Pero prescindamos de ellos y escuchemos á un hombre, á quien se ha llamado el último Padre de la Iglesia. ¿Qué piensa Bossuet de la ciencia? «Tres clases de hombres, dice San Bernardo, buscan la ciencia desordenadamente. Hay algunos que quieren saber, pero solamente por saber; ésta es una fatal curiosidad. Los hay que quieren saber, pero que se proponen como fin de sus grandes y vastos conocimientos, darse á conocer á sí mismos y hacerse célebres; ésta es una vanidad peligrosa. En fin, los hay que quieren saber, pero que no desean la ciencia más que para traficar con ella y amontonar riquezas; esto es una avaricia vergonzosa. Todos tres corrompen la ciencia y son corrompidos por la ciencia. Considerada la ciencia de estas tres maneras, ¿qué otra cosa es más que una mala ocupacion, que perverte á los hijos de los hombres, como dice el Eclesiastes?»

Bajo una forma más moderada, el pensamiento de Bossuet es el mismo que el de Nicole. Esa *vana curiosidad*, esa *vanidad*, esa *codicia*, ¿qué son sino inspiraciones del demonio? Ahora bien: ¿tiene la ciencia otros móviles más que éstos? Se condena como una culpable curiosidad el amor de la ciencia por la ciencia. ¿Cuál habrá de ser, pues, el móvil del que consagra su vida entera al trabajo intelectual? Se le prohíbe tambien la ambición y hasta la retribucion de su trabajo. ¿Qué le queda? Le queda la ciencia como servidora de la religion, como preparacion al catecismo, ó como comentario. Y áun, cuanta ménos adquiera, tanto mejor. La fe y la humildad, hé aquí la ciencia del cristiano: *Se debe saber lo necesario para hacer bien la oracion, y humillarse verdaderamente*

(1) Véase el tomo IX de mis *Estudios sobre la Historia de la humanidad*.

ramente (1). Tal es la última palabra del cristianismo sobre la ciencia. ¿Es también ésta la última palabra de la humanidad? La Iglesia y la ciencia se han divorciado hace mucho tiempo. Por mejor decir, no ha habido nunca unión, porque la ciencia es el libre pensamiento, y el libre pensamiento es enemigo mortal de la Iglesia. Sin embargo, la ciencia es el pan de la vida lo mismo que la religión; si la religión no satisface á esta necesidad imperiosa de nuestra naturaleza, si, por el contrario, la dificulta, la religión abdica. Éste es el estado á que ha llegado el cristianismo tradicional.

Bossuet, en su tratado *de la concupiscencia*, se burla amargamente de los poetas; no dirige su crítica á los simples rimadores, sino á aquellos que la humanidad reconocida venera como cantores divinos. Se complace en reproducir las invectivas de Platon contra Homero: «En este filósofo se encuentran una colección de versos en pro y en contra de la verdad y de la virtud; el poeta no parece inquietarse por las consecuencias; y con tal que el lector confiese que ha halagado su oído, cree haber cumplido con las reglas de su arte.» Bossuet añade una crítica igualmente injusta de Virgilio: «En él se manifiestan igualmente lo verdadero y lo falso. Es tan buen epicúreo en una de sus églogas, como buen platónico en su poema heróico. Ha satisfecho al oído; ha puesto de manifiesto el corte estético de su inteligencia, la sonoridad de sus versos y la vivacidad de sus expresiones; con esto basta para la poesía; no cree que la verdad le sea necesaria» (2). ¿Se dirá que Bossuet no condena más que á los poetas paganos? Pero, si se condena á Virgilio, ¿quién merecerá perdón á los ojos del cristianismo? Así es que el severo obispo añade que los poetas cristianos abundan en el mismo espíritu: «En el plan y en la composición de sus obras no entra la religión, como no entraba en las obras de los paganos.» ¿Es éste el pensamiento de la humanidad moderna? ¿ni siquiera el pensamiento de los cristianos? Cuando la Iglesia, única que tiene misión de enseñar, quiere enseñar el arte de lo be-

(1) BOSSUET, *Panegirico de Santa Catalina* (t. VII, p. 408). — *Tratado de la concupiscencia*, t. IV, c. VIII, p. 545.

(2) BOSSUET, *De la concupiscencia*, t. IV, c. XVIII, p. 561, 562.

llo y desarrollar el gusto, ¿no se ve obligada á recurrir á Homero y á Virgilio? Prescídase de los poetas que no son cristianos, según Bossuet y ¿qué queda? ¡Paráfrasis del catecismo!

Entre las producciones de la poesía, la más elevada y la más difícil, el teatro, ha excitado siempre de preferencia las cóleras de la Iglesia. Esto es tradicional desde los santos padres. No vamos á defender la impureza de los espectáculos romanos, ni á los imitadores que tienen en el siglo XIX. Pero Esquilo y Sófocles, Terencio y Séneca, Corneille y Racine, Shakspeare y Schiller, ¿deben ser confundidos con esas innobles exhibiciones? Bossuet condena, no los abusos, sino el teatro mismo. «San Juan clama á todos los siglos y á todas las edades: *No ameis al mundo, ni nada de lo que hay en el mundo, porque todo en él es, ó concupiscencia de la carne, ó orgullo de la vida.* En estas palabras, el mundo y el teatro, que es su imagen, son condenados igualmente. En las comedias se representa al mundo con todos sus atractivos y todas sus pompas. De la misma manera que en el mundo, todo en ellas es sensualidad, curiosidad, ostentación, orgullo, y hacen desear todas estas cosas, porque no piensan más que en hacerlas agradables.» El lenguaje de Bossuet es tan severo como el de Tertuliano: «Entre las conmociones, que constituyen todo el placer de la comedia, ¿quién puede elevar su corazón á Dios? ¿quién se atreve á decir que está allí por amor de Dios y por complacerle? ¿Quién no teme en esos locos dolores, ahogar en sí el espíritu de oración, é interrumpir este ejercicio que, según la palabra de Jesucristo, debe ser continuo en un cristiano?» (1). Como se ve, no es el escándalo lo que Bossuet condena, el teatro es siempre un escándalo, puesto que es la expresión de la vida, y la vida para los verdaderos cristianos no es más que concupiscencia de la carne y orgullo. ¡Qué ruin concepción! En definitiva es la maldición de la naturaleza, tal como Dios la ha creado. Que se aparten de la vida los que la detestan, en hora buena, pero que no pretendan dirigir la sociedad por el camino de su perfeccionamiento!

(1) BOSSUET, *Carta 181* (t. XVII, p. 285); *Reflexiones sobre la comedia* (*ibid.*, p. 304). — Véase el pasaje de TERTULIANO en el tomo IV de mis *Estudios*.